

## CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: "Pues mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo; y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.—¡Majadero! dijo á esta sazón Don Quijote; á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se avenga; y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hi de puta y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene:" y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quijote, y que todos hacian burla dél, si no Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado, le dijo:

"Señor caballero, miémbresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que, conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho; que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara.—Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote.—Yo callaré, señora mia, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero, en pago deste buen deseo, os suplico me digais, si no se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza.—Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias.—No enfadará, señora mia," respondió Don Quijote; á lo que respondió Dorotea: "Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos." No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea; y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

"Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman...." y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: "No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.—Así es la verdad, respondió la doncella; y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponía en confusion saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y

espanto á los que mira); digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él; mas, á lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarzado el reino si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los míos, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Jigote.—Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazón Sancho Panza, ó, por otro nombre, el Caballero de la Triste Figura.—Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo, con ciertos cabellos á manera de cerdas." En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero: "Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sábio rey dejó profetizado.—Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea.—Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote.—No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.—Eso basta, dijo Dorotea; porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hube desembarcado en Osuna cuando oí decir tantas hazañas tuyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar.—Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar?" Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano, y dijo: "Debe de querer decir la señora princesa, que, despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced, fué en Osuna.—Eso quise decir, dijo Dorotea.—Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra majestad adelante.—No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que, finalmente,